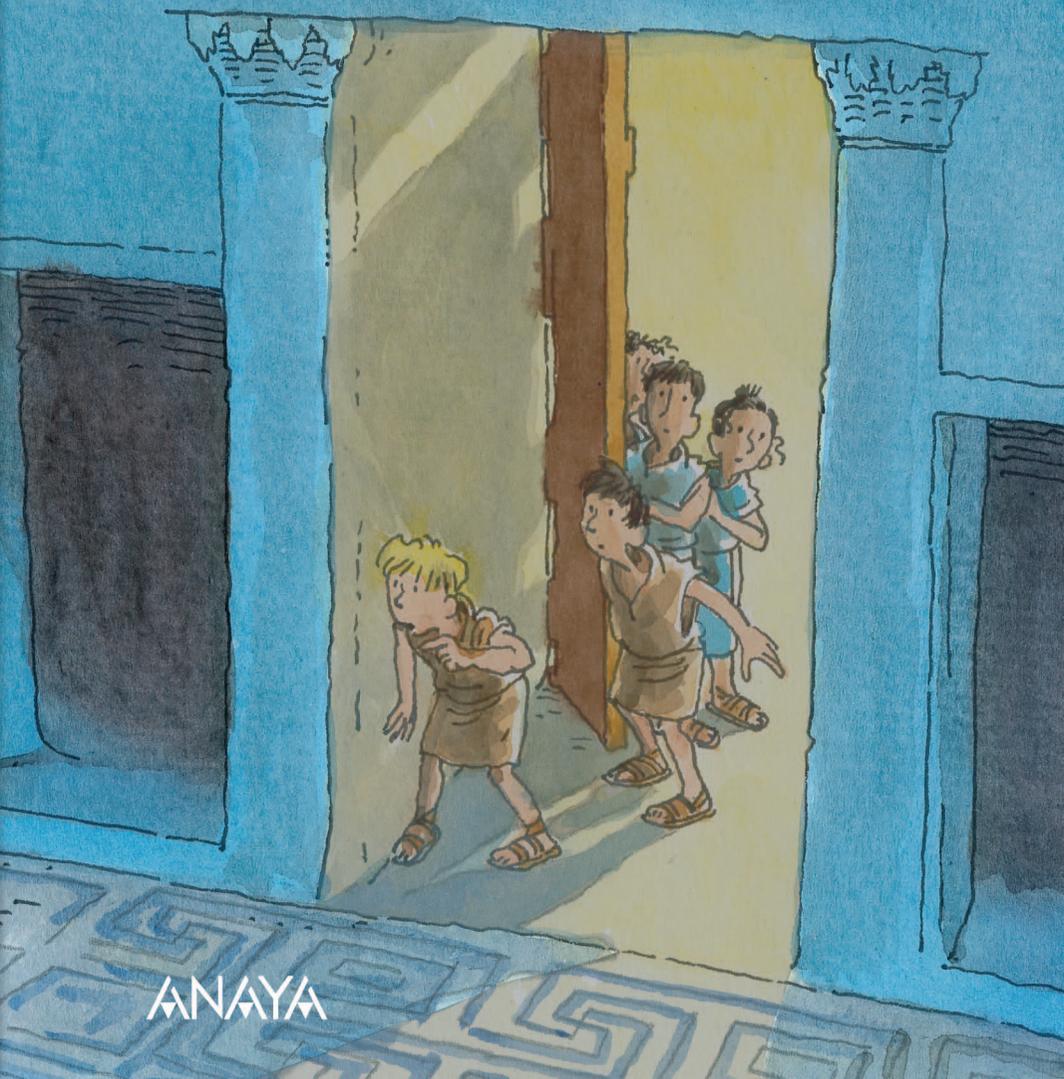


ANDREA SCHACHT

EL ORO DEL GLADIADOR

UNA NOVELA POLICÍACA DE LA ANTIGUA ROMA



ANAYA

ANDREA SCHACHT

EL ORO
DEL
GLADIADOR

UNA NOVELA POLICÍACA
DE LA ANTIGUA ROMA

ANAYA

Título original: *Das Gold des Gladiators*

1.ª edición: septiembre 2009

© Arena Verlag GmbH, Würzburg, Germany, 2007

© De la traducción: Gemma Fernández, 2009

© Grupo Anaya, S.A., Madrid, 2009

Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid

www.anayainfantilyjuvenil.com

e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Ilustración de cubierta: Heribert Schulmeyer
Guardas: © 1990. Photo Scala, Florence-courtesy
of the Ministerio Beni e Att. Culturali

ISBN: 978-84-667-7769-8

Depósito legal: M-32255-2009

Impreso en Anzos, S.L.

C/ La Zarzuela, 6

Polígono Industrial Cordel de la Carrera

28940 Fuenlabrada (Madrid)

Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas en este libro son las establecidas por la Real Academia Española en su última edición de la *Ortografía*, del año 1999.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE



Lista de personajes	9
1. Duras luchas	13
2. Un banquete con consecuencias	25
3. Muy malas noticias	35
4. ¡Abajo las antorchas!	41
5. Plautus se enfada	53
6. Visita al cuartel de los gladiadores	55
7. Las reflexiones de Plautus	69
8. Búsqueda en las Termas	71
9. Plautus triunfa	85
10. El herido	87
11. Plautus gana ventaja	97
12. La búsqueda del ciego	99
13. Los planes de Plautus	117
14. El guardián ciego	119
15. Plautus resuelve el enigma	131
16. Didia toca, prueba, y huele	133

ÍNDICE

17. Plautus honra a los muertos	143
18. El buen olfato de Khep	145
19. Plautus, tras la pista de Fortuna	157
20. La cálida piel	159
21. Plautus visita el templo	173
22. Ante los ojos del dios	175
23. El último golpe de Plautus	185
24. Persecución	187
25. Un final feliz	197

LISTA DE PERSONAJES



PROTAGONISTAS

DIDIA: Hija de M. Didius Iustus, propietario de las termas. Indomable. Ni siquiera la esmerada educación romana puede refinar su lengua.

INGWAR: Hijo de Berengar, un comerciante de ungüentos germano. Sueña con el pasado heroico de su familia y no siente simpatía por los débiles romanos.

CECILIA: La alegre prima de Didia. Es extremadamente golosa pero cuida siempre su aspecto.

TITUS: Su hermano mayor. Aspira a ser erudito. Su minusvalía le viene de perlas para escaquearse de los trabajos físicos más pesados.

NEFERKHEPERUHERSEKHEPER: Joven esclavo egipcio. Demasiado pequeño y orejudo para el poderoso nombre que posee, por eso le llaman solamente Khep. El chico de los recados que mejor conoce los bajos fondos romanos.

AMIGOS Y ENEMIGOS

GLOBULUS, O ALBIN: Preso de guerra germano que escoge un triste final para su carrera como gladiador.

PLAUTUS: El codicioso. Dirigente de pies planos de la escuela de gladiadores. Tiene por costumbre apropiarse de los objetos de valor de los luchadores que han sido derrotados.

FUSCUS: Gladiador. Muy negro, muy fuerte y amigo de Globulus. Comete un error.

FLAVIUS: Gladiador. Lucha oculto tras su visera. A pesar de ello, ve alguna cosa...

AGNELLA: Gladiadora. Lucha contra los lobos y suele dar golpes contundentes.

TAURUS: Fornido gladiador con más músculos que cerebro.

ANDÁBATA: Guardián del templo. Ciego, alberga un secreto.

MELLILA: Panadera. Utiliza miel para sus tartas y esencia de violeta para ella.

SOPHUS: Maestro particular en casa de los Didier.

HELWINE: Trabajadora germana de las termas. Se encarga de fabricar el jabón.

CATTA DIDIANA BARBANIGRA: Cazadora de ratoncillos. Luce una barba negra y es la responsable de vigilar las provisiones y de probar todos los platos que salen de la cocina.

LOS PADRES DE LOS HÉROES

PERSONAJES SECUNDARIOS INDISPENSABLES

MANIUS DIDIVS IUSTVS: Severo padre de familia. Su hija es la única capaz de engatusarlo sin que él se dé ni cuenta.

LA MADRE DE DIDIA: Vanidosa.

EL PADRE DE CECILIA Y DE TITVS: Médico reconocido. Tiene su consulta en las termas.

BERENGAR: Padre de Ingvar. Liberto germano comerciante de ungüentos.

NITETIS: Esclava egipcia. Madre de Khep, refinada.

1 DURAS LUCHAS



INGWAR miró fijamente a los ojos del gladiador que tenía preparada su espada para darle el golpe mortal. Se le pegaban a la frente los rizos, rubios y empapados; le temblaban las piernas de cansancio. Esta lucha ya había durado demasiado. La espada de su contrincante se anticipó, él todavía pudo dar un salto atrás y alzó la suya para poder esquivar el golpe. El choque le dejó la muñeca entumecida por el dolor. En ese momento, el arma contraria giró de manera inesperada, y de un solo golpe, hizo que la espada se le cayera al suelo.

—Germano, estás en manos de la misericordia del pueblo —gruñó el gladiador lanzando una mirada retadora al público que reía en voz baja.

Cuatro pulgares señalaron hacia abajo.

—Esto es todo, joven —sonrió maliciosamente el contrincante de Ingwar.

Ingwar se secó el sudor de la frente y observó con semblante furioso a sus cuatro amigos.

—No lo has hecho nada mal, Ingwar, pero él es mucho más fuerte que tú —le dijo Cecilia intentando animarlo y le ofreció un pañuelo limpio para que pudiera secarse la cara.

Ingwar respondió a ese benévolo intento de consuelo con un simple gruñido.

—¡Globulus te ha engañado! ¡Si no te hubieras distraído tanto con la elegancia de sus movimientos, no te hubiera tirado la espada! —Didia criticó sin contemplaciones la actuación del joven héroe.

Ingwar replicó con otro gruñido.

—Por lo menos nos ha enseñado algunos pasos realmente graciosos —dijo Khep sonriendo—. ¡Quizás deberíamos indultarlo por su actuación estelar!

—¡Parad ya de reiros a mi costa! —gritó Ingwar con voz potente.

—¡Ya es suficiente! —dijo el gladiador zanjando la discusión. Y poniéndole la mano encima del hombro, añadió—: Has luchado bien y la próxima vez lo harás mejor.

La lucha había tenido lugar en la arena, pero no en la del Circus Maximus ni en la del anfiteatro, sino en la del gimnasio de las termas Fortuna. Se encontraban en el monte Aventino y el gimnasio estaba a disposición de los visitantes de las termas para que mejoraran su condición física, pero solo unos pocos acudían al anochecer. Didia, la hija del propietario, y sus amigos iban muchas veces allí solos.

La familia de los Didier dirigía las termas desde hacía dos generaciones. El por entonces jefe, el *pater fami-*

*lias**, no tenía nada en contra de que su hija, sus sobrinos Cecilia y Titus, Ingwar, el hijo de su amigo, y el joven esclavo egipcio, todos de la misma edad, practicaran allí sus actividades. Pero si hubiera sabido el interés de su hija por aprender el arte de la lucha a espada, seguramente hubiera intentado quitárselo de la cabeza.

* Dirigente del clan familiar que incluía todos los esclavos y libertos.

Globulus, el gladiador, no sabía nada de esto. Era un buen amigo del padre de Ingwar desde hacía muchos años y le encantaba enseñar a los más jóvenes técnicas de lucha. En realidad se llamaba Albin y venía de Germania. La buena alimentación, propia de gladiadores, había contribuido a que Globulus tuviera un cuerpo redondo y robusto; de ahí el nombre romano Globulus —albóndiga—. ¡Y a alguno que otro de sus contrincantes se le había atragantado esa albóndiga!

—¿Quién es el siguiente? —preguntó a su público.

—¡Yo! ¡Con la espada! —saltó de golpe Didia. Era una chica delgada y fuerte, tenía el cabello liso y negro y siempre lo llevaba recogido con una cinta.

—No, pequeña. Tu arma es el puñal.

—¿Por qué tengo que luchar siempre con cosas de mujeres? ¡La próxima vez me pedirás que ataque a mi contrincante con una aguja de coser!

—También es una buena arma si das en el objetivo. Y ahora, pongámonos serios: una mujer jamás pasará con una espada atada en la cintura, pero siempre puede llevar un puñal escondido entre la ropa.

—No hace falta llevarla encima, puedo conseguirla en cualquier momento —replicó Didia. Se giró, miró a Ingwar, que estaba aturdido, y le arrancó el arma de las manos—. ¡Así, por ejemplo!

El gladiador, perplejo, tuvo que defenderse de sus violentos golpes. Luego arrinconó rápidamente a Didia en una esquina y le apuntó con la punta de su espada en la garganta.

—Siempre igual: eres demasiado impulsiva, chica. No pierdas la calma y piensa en la técnica.

Didia jamás se perdía detalle de cómo los chicos practicaban con sus espadas y había adquirido técnica. Gracias a las indicaciones de Globulus, ahora era más prudente con la espada. Enseguida se le pegaba la túnica al cuerpo, se le ponían las mejillas rojas y la trenza se le deshacía. Ya se había llevado más de un golpe y lucía algún moratón, pero jamás se quejaba.

—Ya es suficiente por hoy. —Globulus bajó su arma—. Realmente lo has hecho bien, pero el puñal es más útil para ti.

—Ya veremos.

Didia no se daba por vencida por nada del mundo, pero la verdad es que la espada de madera, larga y maciza, era demasiado grande para su mano. Le temblaban los brazos por el esfuerzo cuando se sentó al lado de Ingwar, que seguía enfadado.

—Y ahora tú, Titus —dijo Globulus invitando con la mirada al torpe joven, que sonreía mientras movía la cabeza.

—¡Ya sabes que no, Globulus! Mi pie malo me impide luchar.

Titus sufrió un serio accidente cuando era pequeño y se rompió la pierna derecha. Aunque su padre, un reconocido y hábil médico, lo trató con mucho cuidado, una pierna le quedó más corta que la otra. Eso no lo convertía en un inválido, pero como nunca fue muy amigo del esfuerzo físico, siempre lo utilizaba como excusa.

—¡Entonces tú, Khep! —Globulus se volvió hacia el delgado joven, que movía la cabeza sonriendo.

—¡Globulus! Pero si solo soy un joven esclavo desamparado. Ya me golpean bastante esos —dijo señalando a los tres restantes.

—¡Entonces defiéndete, granuja! —El gladiador saltó de golpe y lo amenazó con la espada.

—Que no, Globulus. ¡Que vas a echar a perder estos hermosos pasteles! —Riendo sarcásticamente, Khep desató una bolsa de tela de su cinturón y la columpió como si fuera un péndulo. De la bolsa salía un delicioso olor a pastel de miel recién hecho.

Los ojos de Globulus se abrieron de deseo.

—¿De dónde lo has sacado?

—Bueno... antes, al regresar del herborista, pasé por delante de la pastelería de Mellila, de donde salía este olor, y entonces supuse que seguramente tú no te habrías podido resistir y habrías comprado algo...

Los ojos del gladiador se iban cerrando en señal de advertencia.

—¿Qué quieres decir?

—Que mientras estabas dando esa soberana paliza a nuestro amigo Ingwar, me he caído encima de la piel de lobo que has dejado allí en la esquina y he encontrado esta bolsa. Ya sabemos cómo te gustan los pasteles de Mellila.

—¿Has robado mi pastel?

—No, no, solo lo he cogido por seguridad. Alguien podría haberlo pisado.

—¡Devuélvemelo!

—Naturalmente, aunque, Globulus, ¿crees que Cecilia y yo podríamos ganarte?

El gladiador movió la cabeza confundido. Era muy rápido luchando, pero algo más lento pensando. No siempre entendía el juego del listo de Khep.

—No, pero ¿por qué me lo preguntas? —quiso saber.

—Bueno, ¡yo apuesto a que sí!

—Jamás. Tú eres poca cosa y Cecilia no haría daño ni a una mosca. Es demasiado dulce y compasiva.

—Me apuesto esta bolsa de pastel de miel a que sí podemos.

—Es absurdo.

—¿Acaso eres un cobarde?

Khep y Globulus se miraron retándose.

—Bueno, si tenéis tanta necesidad de ponerlos en ridículo...

El gladiador se puso en medio de la sala y adoptó una actitud amenazante.

Cecilia se levantó y se dirigió hacia él. Era una chica redondita y alegre. Nadie podía apenas resistirse a sus

brillantes ojos y a su tierna sonrisa. Con esa misma sonrisa miró a Globulus y le tiró de la manga.

—Llevas una túnica bien bonita, Globulus. Pero desafortunadamente se te ha roto por el hombro.

—¿Ah sí?

Distraído, miró de reojo a la izquierda y en ese momento Khep saltó como un mono a su espalda, se agarró bien fuerte con las piernas y le clavó con fuerza los nudillos en la parte más sensible de detrás de las orejas.

Globulus soltó un alarido y en ese momento Cecilia le dio un golpe bien duro y rápido en la muñeca. Se le cayó la espada de la mano. Khep se dejó caer por la espalda y se agarró de una pierna del gladiador para que perdiera el equilibrio y se diera un buen batacazo.

Justo en ese momento, el miembro más importante de la familia Didier decidió salir a escena. Con la cabeza bien alta y los ojos brillantes, Barbanigra se paseó ufana por el gimnasio; reconoció al gladiador desplomado, se preparó para realizar un valiente salto y cayó sobre de su pecho.

Las diecisiete libras* de la gata negra acabaron de empujar a Globulus al suelo.

* Libra romana: aproximadamente 326 gramos. El peso de un gato es de unos 5,5 kilos.

Ronroneando con fuerza, la heroína amasaba el pecho de Globulus con sus patas delanteras y el contrincante, vencido, reía gritando:

—¡*Non plus ultra!*** Sois invencibles, aunque ha sido una trampa miserable, Khep —decía entrecortadamente.

** Expresión para describir algo insuperable, excelente.

—Pero efectiva. A mamá se le dan bien los masajes y me dice dónde están las partes más sensibles.

—Y papá me enseña anatomía, así que sé dónde duele —añadió Cecilia mientras le masajeaba a Globulus la muñeca que tan eficazmente golpeó.

—Eres demasiado compasiva, Cecilia —le echó en cara Didia—. Jamás se mima a un contrincante vencido.

Globulus se puso serio de nuevo. Con una mano acarició a la gata, que se había estirado encima de su pecho y continuaba ronroneando de manera que su barba negra, gracias a la cual le pusieron el nombre, vibraba.

—No digas eso, Didia. Eso depende del contrario y hay que confiar en la misericordia.

—¿Eso lo dices tú, que eres gladiador?

—Sí, lo digo yo. A mí me han perdonado catorce veces.

—¿Has perdido catorce veces? —quiso saber Ingwar, sorprendido.

—De sesenta luchas, catorce, es cierto. Y me perdonaron porque soy un buen luchador. El público desea volverme a ver en la arena.

Impresionados, los cinco se pusieron cómodos alrededor del gladiador, que ya estaba sentado en el suelo y continuaba sujetando a la gata sobre su pecho. Khep abrió la bolsa con el pastel de miel y ofreció a los que estaban allí. Satisfechos, todos tomaron un poco.

—¡Sesenta luchas! —dijo Didia impresionada—. Has debido de tener muchísima suerte.

—Sí, eso también —sonrió satisfecho Globulus.

—¿Pero solo tiene que ver con la buena suerte?
—preguntó Titus que, como siempre, pensaba más rápido que los demás.

—No, también me ayudaron mis contrincantes.

Indignado, Ingwar se levantó.

—¿Te dejaron ganar? ¡No me lo puedo creer!

—Ingwar, no estoy en la guerra; hago mi trabajo.

—¡Eres un imbécil, Ingwar! —dijo Didia, que no tenía un orgullo tan guerrero como el de su amigo hermano—. Globulus no es ningún delincuente que deba luchar por su vida. Pertenece a la escuela de gladiadores y goza de buena reputación. De no ser así, no podría visitar nuestras termas.

—Eso ya lo sé. Y no soy un imbécil. Pero las luchas acordadas...

—Quizás vaya en contra de tus ideas sobre la honra, hijo mío, pero Plautus, nuestro *lanista**, gana más dinero con gladiadores vivos que con gladiadores muertos.

* Director de la escuela de gladiadores y a menudo su propietario.

—Pero puedes perder la vida, ¿no es cierto? —Cecilia se quedó mirando a Globulus con semblante aterrorizado.

—El peligro siempre está presente. Luchamos duro; lo que Fuscus y yo hacemos en la arena no es ningún juego de niños. Un pestañeo, un pequeño paso demasiado lento y el arma te alcanza. Las espadas son afiladas, y aunque llevemos protección en el pecho, en las espinillas y en los brazos, nos pueden hacer heridas mortales. E incluso cabe la posibilidad de que los espectadores sean

crueles y que el perdedor, herido y desarmado, sea ejecutado en la arena.

—¿Por qué haces esto, Globulus?

El gladiador miró a Cecilia con indulgencia.

—Soy un prisionero de guerra germano, hijita. Un esclavo, un subordinado. La única manera que tengo de ganar dinero para comprar mi libertad y regresar a mi tierra es siendo gladiador. Otros hombres quieren lograrlo con su talento; por ejemplo, el padre de Ingwar elaborando bálsamo y jabón; otros saben administrar muy bien la fortuna de sus amos, otros cocinan o escriben. Yo sé luchar.

—Y por ello te dan dinero —dijo Didia sin rodeos.

—Sí, en metálico. Por cada victoria me dan una bolsa de sestercios.

Didia lo miraba con los ojos muy abiertos.

—Con sesenta luchas ganadas poco te debe de faltar para reunir el dinero del rescate, Globulus.

—Y ya lo tengo. Es una pequeña fortuna, pero quiero conseguir un par de bolsas más, por eso, amigos míos, solo me quedan dos luchas. Luego saldré hacia el norte.

—Haces bien —se le escapó a Ingwar—. A mí también me gustaría regresar a mi patria.

—¡Tu patria! —resopló Didia—. Tú has nacido aquí en Roma como nosotros.

—¡Mis padres son germanos!

—Tu padre es un liberto de mi padre y está bien contento de vivir con nosotros.

Ingwar era suficientemente prudente como para no hacer ninguna observación despectiva sobre su padre. Sin em-

bargo, había algo por lo que siempre discutían él y Berengar: el deseo de este de educar a su hijo como ciudadano romano. Pero antes de que nadie empezara a hurgar en esta herida —y, por desgracia, Didia tenía el gran talento de sacar a cualquiera de quicio— Titus objetó:

—Globulus, ¿no es de locos guardar una fortuna así en el cuartel de los gladiadores? Hay gente muy envidiosa.

—Chiquillo, ya sé que no me consideras muy listo, pero tampoco soy tan estúpido; ya he tomado mis precauciones.

—Deberías dejar el dinero en un notario —le aconsejó Titus.

—¡Bah! —contestó el gladiador con todo desprecio—. Antes le confiaría mi dinero a un ciego sordo que a un jurista ladrón.

—¿Y qué pasará si pierdes en la próxima lucha? —Khep arrugó la nariz. Como esclavo sabía bien que si morías todas tus propiedades pasaban a manos de los amos—. ¡Entonces Plautus se haría con el dinero!

—Primero tendría que encontrarlo ese codicioso *pies-planos*.

De pronto se quedó mirando a los niños muy serio.

—Si al final perdiera la batalla, confío en que os haréis cargo de mi fortuna, amigos míos.

Durante unos minutos reinó un silencio profundo pero antes de que los cinco amigos pudieran reflexionar sobre la última frase, Globulus sacudió la cabeza y dijo:

—¡Ya basta de tales reflexiones y de melancolía, dame otro trozo de pastel de miel, Titus!

Barbanigra, que ya había tenido suficiente masaje, saltó del pecho de Globulus y se paseó por el gimnasio. Una pelotita de cuero despertó sus ganas de jugar y la empujó con sus patas hacia Cecilia, que se la devolvió haciéndola rodar.

—¡Qué gatita más mona! ¿Qué habéis hecho con los gatitos que ha tenido? —quiso saber el gladiador.

—La vigilante de las termas se ha

* El jefe de policía
romano

quedado uno y la esposa del *praefectus vigilum**, otro. El tercero aún está arriba, en mi habitación —contestó Di-

dia—. ¿Lo quieres tú, Globulus?

—Me encantaría, pero no lo pa-

** Escuela de
gladiadores justo al
lado del Coliseo.

saría bien en el Ludus Magnus**.

—Tienes razón. Bueno, ya encontraré a alguien para él.

Globulus se levantó, estiró brazos y piernas y se puso la piel de lobo por encima del hombro.

—Es hora de irme. Pasado mañana son los juegos que organiza el senador Licinius Sura, y mi amigo Fuscus y yo seremos la actuación estelar. Todavía tenemos que prepararnos, por tanto no me esperéis mañana en vuestras preciosas termas.

—Mucha suerte, Globulus —le desearon Cecilia y el resto—. Esperemos que Fortuna, la diosa de la suerte, esté contigo.

—¡Vuestra diosa y mi dios! —dijo Globulus y acarició el amuleto en forma de martillo que colgaba de su cuello.